

La calle para el jueves 14 de julio de 2011

Diario de un espectador

Greene suicida

Miguel ángel granados chapa

De la mano de Ignacio Solares, que se ocupa de Graham Greene y su dilema “entre el suicidio y la fe” supimos ayer de sus intentos por privarse de la vida, cuando apenas tenía veinte años de edad. Muy conocido por su literatura, y por la conversión de sus novelas en películas de gran éxito (El tercer hombre, Nuestro hombre en La Habana, El sastre de Panamá, Los comediantes, por sólo citar algunas de esas cintas), Greene no lo es menos por su tormentosa vida interior, expresada en su creación literaria.

“Greene —dice Solares en *Presencia de lo invisible*—tuvo a lo largo de su vida, otros intentos de suicidio, pero siempre se detuvo al final. En alguna ocasión tomó una sobredosis de los tranquilizantes que acostumbraba para dormir, pero en seguida corrió al baño a vomitarlos. En la segunda parte de su autobiografía (*Vías de escape*, título sintomático) confiesa que con su conciencia no tenía ningún problema de culpa. Nunca creyó en ‘la misión’ del escritor. ¿Qué lo detenía entonces. No lo dice abiertamente, pero no es difícil deducirlo en un escritor con su aliento: todo cuanto tenía por escribir hasta el último momento de su vida, tal como sucedió. Pero además, a través de la escritura había exorcizado sus demonios y sus obsesiones, al grado de que se tiene la impresión de que algunos de sus personajes se suicidan en vez de él. Un ejemplo admirable se encuentra en una de sus mejores novelas, *El revés de la trama*, que continúa el trágico avatar del angelical y demoniaco Pinkie en *Brighton Rock*, del cura fugitivo y pecador de *El poder y la gloria* y el Rowe de *El ministerio del miedo*, quien mata a su mujer porque es incapaz de verla sufrir inútilmente por una enfermedad incurable, y en donde leemos esa frase admirable y que tanto dice del concepto de Dios en Greene: Si conociera la verdad, ¿no se vería uno obligado a compadecer incluso a las plantas? Si se llegara de veras al fondo del problema...’¿Cómo podría entonces ese Dios compasivo juzgar mínimamente al ser más débil de su creación, como es el hombre?. Henry Scobie, de *El revés de la trama*, oficial de policía en una colonia africana, donde vive con su esposa, Louise, se entrega a la ilegalidad, se hace cómplice de un asesinato, engaña a su esposa, hace comuniones sacrílegas y finalmente se suicida. Libre de toda complacencia ante sí mismo, sin ningún entusiasmo santificante, Scobie saber sin embargo, y desde siempre, que su vida está marcada por su dependencia a seres desdichados y sufrientes. El corazón de las cosas es, pues, la miseria, ‘la desgracia de la creación entera’

“El engranaje de la compasión gira implacablemente: con ocasión de un naufragio, un puñado de sobrevivientes es recogido en la colonia. Helen Rolt, frágil mujer, conmueve al oficial de policía, quien termina

volviéndose su amante, creando además una dependencia emocional enfermiza. Louise conoce pronto la infidelidad de su marido y no imagina nada mejor para comprobar la verdad que forzarlo a una comunión sacrílega. Scobie, creyente como su autor, acepta hacer sufrir a Dios por su pecado, pero no puede soportar ver el sufrimiento de las dos mujeres: 'Oh Dios, he preferido verte sufrir antes que a ellas porque de tu dolor no soy testigo, no puedo más que imaginarlo'. Abandona la confesión y comulga en pecado.

Scobie se mete en un callejón sin salida; 'la compasión en su corazón ardía como un fuego creciente'